

Lo que 2012 supo del futuro (y lo que todavía no sabemos)

El invierno en que todo parecía a punto de romperse

A comienzos de 2012 Europa llevaba ya dos años viviendo al borde. Grecia necesitaba un segundo rescate, las primas de riesgo de España e Italia no dejaban de subir, y la palabra que circulaba en los despachos no era "crisis" sino "ruptura": del euro, de la Unión, del propio modelo de Estado del bienestar construido tras la Segunda Guerra Mundial. El paro español, que meses antes había superado el 23%, parecía no tener techo. En ese clima de emergencia permanente, no era extraño que algunos analistas dejaran de hablar de coyuntura y empezaran a hablar de época: no estábamos ante una crisis pasajera, decían, sino ante el final de un ciclo de varias décadas.

Las profecías de aquel invierno

De ese ambiente salieron varias tesis que circularon con fuerza, apoyadas en economistas como Santiago Niño Becerra, en sociólogos como Alain Touraine y en futurólogos como Jeremy Rifkin. Resumidas, decían más o menos esto: que el capital se había hecho autónomo del trabajo y que el siglo XXI, a diferencia del XX, no se jugaría en el reparto de la riqueza sino en el reparto —cada vez más escaso— del empleo; que la clase media occidental, sostenida durante la Guerra Fría como antídoto frente al comunismo, perdería su razón de ser una vez desaparecida esa amenaza; que la izquierda clásica, construida sobre la centralidad del trabajo, entraría en una crisis de identidad de la que se beneficiaría la derecha radical; que la Unión Europea avanzaría, casi por necesidad histórica, hacia una integración política plena, una suerte de imperio continental; que la prensa de papel tenía los años contados; y, la más inquietante de todas, que el desenlace de una crisis económica de esa magnitud podía terminar en un conflicto bélico de gran escala, con Occidente enfrentado a Irán por su programa nuclear y con Rusia y China del lado iraní.

Catorce años después: lo que el tiempo confirmó

Vistas desde 2026, varias de aquellas lecturas resultan inquietantemente acertadas. El trabajo, en efecto, ha dejado de ser el centro indiscutido de la vida económica: lo que en 2012 sonaba a hipótesis de Rifkin sobre un puñado de personas produciendo casi toda la riqueza, hoy es el debate cotidiano sobre la inteligencia artificial generativa y su capacidad para sustituir no solo trabajo manual, sino tareas administrativas, legales o creativas. La desigualdad no ha hecho sino crecer, y la izquierda europea sigue sin encontrar un relato propio para la era posindustrial, mientras la derecha radical —con representación hoy en casi todos los parlamentos europeos y en la propia Casa Blanca— ha capitalizado el descontento que aquella izquierda no supo canalizar. La prensa escrita, como se anticipó, está en las últimas. Y la guerra contra Irán, que en 2012 no llegó a producirse, ha terminado sucediendo: primero en un conflicto breve en el verano de 2025, después en una guerra de mayor escala desde comienzos de 2026, con ataques que han alcanzado al propio liderazgo iraní y con Rusia y China posicionados, como entonces se previó, como socios estratégicos de Teherán frente a Occidente.

Lo que el tiempo desmintió

Pero no todo se cumplió, y donde falló lo hizo de forma instructiva. La idea de una Unión Europea avanzando hacia un Estado continental único resultó ser, más que una predicción, un deseo proyectado hacia el futuro: lo que ha ocurrido en la práctica es justo lo contrario. El Reino Unido no negoció su lugar dentro de un proyecto imperial en construcción, se marchó por completo de él, y desde entonces el impulso dominante en buena parte de Occidente ha sido de repliegue nacional —fronteras, aranceles, soberanismo— y no de fusión supranacional. Tampoco se cumplió la imagen de un capital unificado controlando la conversación pública a través de los medios: lo que ha ocupado el lugar de la prensa de papel no es una propaganda centralizada, sino un ecosistema de redes y algoritmos mucho más caótico, sin un dueño único y, quizá por eso, más difícil de corregir. La lección parece ser que las fuerzas de fondo —desigualdad, automatización, crisis del trabajo— se mueven con una inercia que las hace relativamente predecibles a una década vista, mientras que los desenlaces institucionales y políticos concretos dependen de decisiones humanas demasiado abiertas para anticiparse con precisión.

Un futuro que sigue sin estar escrito

Y es ahí donde conviene resistir la tentación de cerrar la historia con una conclusión ordenada. Que la inteligencia artificial esté desplazando trabajo no significa que el resultado final sea necesariamente una sociedad sin empleo: puede llevar a una renta básica universal generalizada, a una reorganización del tiempo de trabajo, o a una polarización aún mayor entre quienes controlan esa tecnología y quienes no. Que la guerra contra Irán haya estallado no determina si se extenderá, se contendrá o abrirá paso a una negociación; ni si Rusia y China profundizarán su alianza con Teherán o la usarán como moneda de cambio en otros frentes. Que Europa se haya fragmentado en lugar de integrarse no excluye un giro en sentido contrario, máxime cuando una guerra en el flanco oriental de Occidente ha reabierto, en algunos países, el debate sobre una defensa europea común. Y que el descontento social haya beneficiado hasta ahora a la derecha radical no garantiza que siga siendo así si esa misma derecha, una vez en el poder, no logra resolver los problemas que la llevaron hasta allí.

Lo único que parece razonablemente seguro, catorce años después de aquel invierno de 2012, es que el futuro no se deja escribir de antemano por nadie, ni siquiera por quienes mejor leen sus señales. Se confirman las tendencias profundas; se equivocan, casi siempre, los desenlaces concretos. Y entre unas y otros queda el espacio —incómodo, pero real— de lo que todavía está por decidirse.

Javier Batarrita Gaztelu
Abogado